

LAS FASES DE LA TENSION MUNDIAL

KISSINGER y Brejnev acaban de tener unas reuniones que suponen un paso más en el proceso de la reducción de tensión. Las descripciones de esta negociación —o cambio de puntos de vista—, los comentarios, oscilan como siempre entre el ligero optimismo de "algún progreso" a los de "nada nuevo". Como siempre también, hay más optimismo desde el lado soviético que desde el americano. Se sabe ya que los gobernantes de Washington no quieren dar sensación de progreso en las relaciones con la URSS para no enfrentarse con la nueva ola de los "guerreros fríos" de su país, pero también quieren dar impresión de que "hacen todo lo posible" para no decepcionar a los pacifistas. Estamos en un año electoral, y Ford no puede perder de vista los votos. La información oficiosa del portavoz de Kissinger responde a este propósito: el viaje ha sido fructífero —dice—, aunque Kissinger no haya llegado "a realizar sus máximas esperanzas de acuerdos de principio para fijar nuevos límites a los bombarderos y misiles atómicos".

PARECE ser que desde el lado del Kremlin ha habido también posiciones políticas interiores. Se dice desde hace tiempo que Brejnev estaría a punto de ser sustituido. Los rumores sobre su enfermedad, que se repiten desde hace años, parecen ser ciertos; sustituido por esa razón, el nuevo equipo dirigente podría tener otra significación política distinta. También en Moscú hay problemas, y serios, entre quienes creen que hay que avanzar más en el camino de la coexistencia y quienes, por el contrario, creen que se está corriendo un riesgo con ella.

LOS puntos en que parece que haya habido mejores posibilidades de entendimiento son los relativos a Angola y Oriente árabe, aunque no aparezcan en los comunicados. El tema de mayores discordancias es el de la reducción de armas, el referente a las negociaciones Salt. Parece, de una manera poco matizada, que hay más posibilidades de entendimiento en los temas políticos que en lo que afecta directamente a los militares, a la industria militar.

PODRIA creerse que, en efecto, no se pueden tener esperanzas ni ahora ni en el futuro de que se produzca un principio de desarme. El proceso político de distensión estaría en razón inversa al proceso científico y tecnológico de creación de armas nuevas o, como dicen los americanos, más "sofisticadas" que las que se conocen en la actualidad. Podría decirse incluso que el primer proceso, el de los relativos acuerdos políticos, depende estrechamente del segundo. No deberíamos olvidar nunca que hasta la aparición de las armas nucleares en el mundo, sobre todo hasta el convencimiento de que la URSS tenía también el arma atómica, la única forma visible de resolución de los problemas mundiales, aun con toda su falsedad, era la de la guerra. Se trataba de una mentalidad asentada en milenios de Historia: una situación de contradicción entre dos fuerzas se ha resuelto siempre por medio de la guerra. Esta mentalidad no sólo no nos ha abandonado en nuestro tiempo,

sino que sigue estando sostenida por fuerzas gobernantes de gran importancia. Para quienes entendemos que la guerra no ha resuelto nunca nada, sino la destrucción o el daño de las clases populares de quienes han intervenido en ella, y cada guerra ha sido el origen de otra mayor —el proceso mortífero y la amplitud de las guerras no ha cesado de crecer: si la última fue la más cruel de la Historia, la que se imagina como próxima la supera en todos los aspectos—, existe la respuesta de que las guerras han ido formando cada vez mayores unidades de convivencia y han dado un "sentido" a la Historia. El debate puede ser largo, pero algo de lo que no cabe duda es que hoy los gobernantes de todo el mundo siguen pensando en la guerra como posible y como resolutive, aunque las poblaciones estén más penetradas que nunca de la necesidad de evitarlas. Probablemente la guerra no ha estallado ya por esa contradicción importantísima entre gobernantes y poblaciones, que se planteó ya en las vísperas de la primera guerra mundial y que fue un factor decisivo en la guerra fría. Este factor es importante, probablemente más que el del "equilibrio del terror", aunque cada uno de ellos tenga un carácter multiplicador del otro. La existencia de esta contradicción, sin embargo, no nos debe llevar a la conclusión de que la guerra es imposible. Ha sido inevitable hasta ahora. Se ha llevado por otros medios: por conflictos locales, como los que seguimos conociendo, que se desplazan de un lugar a otro de la Tierra, en las zonas fronterizas de las dos grandes potencias: en el ánimo soviético está —y así lo dicen sus teóricos— que el sistema capitalista va a estallar en cualquier momento como consecuencia de sus contradicciones internas, que son ahora más patentes que antes. Como en el ánimo occidental está la idea de que el comunismo soviético es insostenible durante mucho tiempo. Es decir, que en toda cooperación actual, en toda negociación, en todo diálogo, está siempre presente por cada parte no sólo su supervivencia, sino la posibilidad de la desaparición del otro. No sólo como régimen o como ideología política, sino su debilitamiento como Estado que le conduzca a aceptar condiciones del otro.

NO parece posible, mientras se mantenga esta mentalidad —y, no nos hagamos grandes ilusiones, una mentalidad que ha dominado a toda la especie humana durante milenios y que casi forma parte de su herencia genética, al menos de los valores que se aprenden desde la infancia, no se desvirtúa o cambia en sólo unos años—, que se pueda llegar a un desarme. Ni siquiera el gran desgaste económico que supone el consumismo de las armas que envejecen en los arsenales y se pasan de moda antes de ser usadas es válido: esas armas se están revendiendo a otros países con enorme beneficio. Los Estados Unidos son los principales suministradores de armas del mundo. Las cambian por un precio en moneda absoluta, y también por un precio político que a veces les es más rentable. Ninguna de las dos naciones va a renunciar a continuar sus investigaciones en busca de armas nuevas. Esa forma de progreso es imparable, y supone una doble fijación de proyectos:



Kissinger con Brejnev en Moscú: más optimismo desde el lado soviético que desde el norteamericano.

por un lado, el alcance de la invulnerabilidad; por el otro, la posibilidad de destrucción total del enemigo. El día en que una de las dos naciones tenga la seguridad absoluta de que sus científicos militares han llegado a ese doble objetivo y a que su industria puede fabricar los ingenios necesarios, la guerra habrá vuelto a ser no solamente posible, sino enormemente probable. El hecho de que para ese tipo de guerra no sean necesarias grandes masas de población humana habrá hecho también ineficaz la actual contradicción entre pueblo y grupos de poder. De hecho, los pueblos están de nuevo soportando la carga mayor de la posible o imposible guerra en forma de exacciones fiscales para los presupuestos, que se mantienen en la debida forma conocida en las estructuras sociales y económicas actuales: los beneficios de la fabricación van a parar a los grandes grupos de capital y a sus subordinados políticos. Si en la URSS la ecuación es otra —por falta de grupos de capital—, no es menos cierto que los pueblos están pagando ya la próxima guerra y que, según todas las profecías científicas, habrán de ser quienes más la sufran si se produce.

PODRIA decirse que ha habido una primera etapa de distensión, a partir de la coincidencia gobernante de Krustchev y Kennedy y hasta la Conferencia de Helsinki, que sentaba ya unos principios filosóficos de imposibilidad de la guerra. Pero ya desde antes de la Conferencia se estaba iniciando esta segunda fase o etapa en la que estamos, en la que hay una reacción de los partidarios de la dureza y la contención. No llegan, naturalmente, a la rudeza de exposición de los tiempos de Eisenhower-Nixon-Foster Dulles, en los que todo se llevaba, según frase de este último, "al borde del abismo", pero sí está suponiendo unos pasos atrás. La lucha por el tercer mundo y las fuentes de energía, la ocupación de puntos

fronterizos estratégicos, las modificaciones políticas fuertes en el interior de cada alianza, han llevado a gobernantes de uno y otro lado a la conclusión de que hay un nuevo período de inseguridad. Hasta ahora, la reducción de la tensión se basaba en la necesidad de unas concesiones recíprocas. En importantes núcleos dirigentes de Moscú se está pensando que las concesiones hechas por la URSS, voluntaria o involuntariamente —es decir, como consecuencia del proceso en marcha—, están sobrepasando los límites de la seguridad interior. Si este tipo de pensamiento se sospecha o se estima en la URSS por algunos síntomas, en razón de su régimen, en los Estados Unidos es algo patente y proclamado.

DESCRIBIR algunos conflictos aislados, como el de Angola, por ejemplo, en la antesala de una gran guerra mundial, es exagerado, aunque de por sí pueda tener consecuencias muy graves —una guerra interafricana—. El control de esos conflictos locales está asegurado por las dos partes. Pero en algún momento podrían ser utilizados como pretexto, como "casus belli". Dependerá de que alguna facción belicista alcance el poder, o de que las fabricaciones de nuevas armas den alguna seguridad a los dirigentes de los grandes bloques.

LA confianza puede estar en que esta segunda fase de la distensión inaugurada con las declaraciones de Helsinki pueda ir conduciendo a la idea de que la guerra no es resolutive y de que conviene seguir haciendo concesiones por todas las partes. Es decir, la paz no como una resignación o como un miedo, sino por sus virtudes positivas.